

FEDERICA DE PAOLIS

# Las Imperfectas



Anna está interpretando un papel, pero no lo sabe. O tal vez no quiere saberlo, porque entonces tendría que preguntarse quién es realmente y qué quiere de la vida. Tiene dos hijos maravillosos, y Guido, su esposo cirujano plástico, acaba de ser nombrado jefe de Villa Sant'Orsola, la clínica privada familiar, por Attilio, el padre de Anna, quien haría cualquier cosa por su amada hija.

Así que ¿qué va mal? La verdad se revela cuando la familia se ve envuelta en un escándalo: los dos cirujanos están acusados de haber implantado prótesis dañadas. El matrimonio aparentemente perfecto de Anna y Guido salta por los aires, y todo comienza a derrumbarse a su alrededor como una avalancha implacable.

## Índice de contenido

Cubierta

Las imperfectas

Prólogo

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

Epílogo

Agradecimientos

Sobre la autora

*A mi madre,  
con los ojos abiertos y los ojos cerrados*

Hay que volver a los pasos ya dados, para repetirlos y para trazar caminos nuevos a su lado. Hay que comenzar de nuevo el viaje. Siempre.

JOSÉ SARAMAGO

El viento ululaba contra los cristales y, sin embargo, más abajo, en la autopista, Anna lo había oído silbar como si fuera un cántico. Casi le daba miedo salir del coche, pensaba que una ráfaga se la llevaría. La rueda delantera izquierda estaba bloqueada, metió la marcha atrás y pisó el acelerador, pero el hielo no ofrecía ninguna resistencia: el motor retumbó en el vacío como si el coche estuviera en punto muerto.

Abrió la puerta de golpe y puso un pie en el suelo; la bailarina de terciopelo se hundió en un charco de agua helada. Volvió a cerrar la puerta y echó un vistazo a su alrededor. Vio la bolsa con los pañales de Natalia y la cogió para envolverse el pie empapado; con el plástico del paquete se cubrió el otro. Miró el móvil, pero no había cobertura; había desaparecido en cuanto empezó a ascender por la montaña. El corazón le latía deprisa desde hacía un buen rato. Tenía miedo.

Pensaba que le estaba bien merecido. En el fondo, Anna sabía que, si hubiera estado más atenta, presente, alerta, no se encontraría allí. Seguro que no.

Cuando bajó del coche el frío la embistió. Al agacharse vio que la rueda estaba desencajada, empotrada en la valla de protección. Pasó una furgoneta blanca. Empezó a mover los brazos y a dar saltos, «¡Ayuda!», gritó, pero su voz rasposa se perdió en el vacío. El vehículo se esfumó en una curva cerrada. Corrió tras él, dando unos pasos inconexos; el frío y la cuesta le cortaron la respiración. Se puso en cuclillas para descansar, tenía la garganta seca. Observó las luces más abajo: no tenía ni idea de cuánto faltaba para llegar al hotel. No era capaz de calcular la dis-

tancia. Miró de nuevo el Panda; se había dejado los faros encendidos. Se acercó, sacó la llave del contacto y puso las luces de emergencia. Si alguien subía, el coche abandonado llamaría la atención, tal vez la buscarían.

Guido la estaba esperando.

Se caló la capucha y, con las manos en los bolsillos, echó a andar a paso ligero por el margen de la carretera; poco después se vio obligada a deshacerse de las bolsas que cubrían sus zapatos: el plástico resbalaba sobre el asfalto helado. El ruido de un coche a lo lejos se fue haciendo evidente, vio acercarse lentamente un jeep con los esquís cargados en el techo. Abrió los brazos avanzando por el centro de la calzada y los faros quedaron apuntando directamente hacia ella. Cuando el coche se detuvo, salió del cono de luz. El hombre que iba al volante era rubio, llevaba el pelo muy corto, tenía una mirada dura y la barbilla hundida en una braga polar. Bajó un poco la ventanilla.

–Ayúdeme, por favor, necesito que alguien me lleve. ¿Puede recogerme?

El hombre ladeó la cabeza con una expresión menos displicente. Se asomó ligeramente y echó un vistazo a las bailarinas mojadas.

–*Ist das Auto deins?*

–¿Qué?

Se había cogido al cristal con los dedos, los dientes le castañeteaban. Él siguió estudiándola sin decir una palabra. A continuación hizo un gesto con la cabeza que ella no comprendió y al final desbloqueó las puertas. Anna subió por el lado del copiloto y se sentó con cautela. Le dio las gracias, él metió la marcha atrás y, entrecerrando los ojos, arrancó.

–¡¿Qué haces?! –gritó ella, pero el hombre le pidió con un gesto que guardara silencio y señaló con la mirada el asiento posterior. Anna se volvió y vio a una mujer que sostenía a un niño dormido en su regazo; el pequeño te-

nía un brazo colgando y la boca medio abierta. Debía de tener cuatro años, más o menos la edad de su hijo. Anna tragó saliva para sofocar el llanto. La mujer la observaba estupefacta. Tenía la piel clara y el rostro serio.

El hombre siguió retrocediendo. Anna le puso una mano en la pierna, no pudo resistirse.

—¿Por qué vas hacia atrás? Tengo que subir, llévame arriba, arriba...

—*Ist es deins?* —dijo él cuando paró. Señalaba el Panda pegado al guardarraíl.

—Sí, es mi coche, pero no puedo recogerlo ahora, tengo que subir. Llévame arriba, por favor. —Fruunció el ceño y, a continuación, volviéndose, buscó implorante los ojos de la mujer. La cabeza del niño se balanceaba, la madre la escrutaba con una expresión indescifrable—. *Please, bring me up* —se atrevió a pedir en inglés, pero el hombre ya se disponía a abrir la portezuela. Ella insistió—: *Go on! Go on!* —Le señalaba la carretera, apuntando con el índice hacia la oscuridad. Tenía la sensación de que la cara se le estaba deformando. Se frotó los ojos con la muñeca—. *Go on!* —repitió llorando, como si estuviese sola.

—*Lass es uns zu den Pflanzen bringen...* —oyó que decía la mujer.

Inmediatamente después el jeep empezó a avanzar despacio. Fuera solo había curvas cerradas y hielo. Anna, precavida, se abrochó el cinturón de seguridad y permaneció erguida en el asiento, sin apoyar la espalda. El hombre la observó un par de veces. Su mirada era insoportable. Todo lo era. La incertidumbre. El desaliento. El sentimiento de culpa.

De repente, la mujer salió de la oscuridad y le dijo:

—*Was ist los?*

Anna se volvió, vio que el niño se había despertado, estaba en posición fetal y la examinaba. Le habría gustado responder, pero no entendía la pregunta.

La carretera era recta, ligeramente en subida. Había dos refugios a pocos centenares de metros de distancia entre ellos, con las ventanas iluminadas y las chimeneas humeantes; un hotel, un pequeño supermercado y una farmacia.

Un helicóptero, que se utilizaba en raras ocasiones, pasó escupiendo luz sobre la nieve haciéndola resplandecer. El hombre se detuvo cuando oyó acercarse la sirena de una ambulancia. Anna se llevó las manos al pecho, el corazón le dio un vuelco. Pensó que se moría. Vio la luz intermitente impactar en el rostro del hombre, leyó el asombro en sus ojos. No se imaginaba lo que estaba sucediendo; ella, en cambio, lo sabía a la perfección. Siguieron a la Cruz Roja con la mirada, que se paró a unos cien metros y apagó la sirena. Anna exhaló un suspiro de alivio. Vislumbró el final de la carretera. Los remontes. Decenas y decenas de personas. Y una valla. Una línea de plástico naranja que solo cruzaban hombres uniformados. Las quitanieves subían por el valle salpicado de bosques tupidos y distantes.

–*Stop!* –gritó Anna.

El hombre, asustado, pisó el freno con todas sus fuerzas, ella abrió la puerta y salió de cualquier manera. Caminó a buen paso entre cuerpos desconocidos con los rostros cubiertos por bufandas, gorros, gafas de esquí. El aire olía a contaminación y a quemado, los motores de los coches estaban en marcha, los tubos de escape escupían veneno. Se subió el cuello del abrigo y avanzó hacia la valla. Buscaba a Guido desesperadamente. Se quedó quieta observando a esa gente que se movía deprisa, parecía que todos tenían una tarea. Intentó acercarse a una chica vestida con ropa de camuflaje.

–Disculpe...

Pero ella no le prestó atención.

–No se puede estar aquí, tiene que alejarse –la reprendió.

Por fin lo divisó. Guido. Su marido. Iba completamente equipado, estaba irreconocible, pero los gestos eran los suyos: decididos, tajantes. Se lanzó por debajo de la cinta naranja para llegar hasta él. Ya no sentía los pies, pero se hundió en la nieve hasta las rodillas. Notó un calambre en la espalda y algo que la agarraba: al levantar la vista vio a un *carabiniere*. Se dirigió a ella en tono autoritario:

–Señora, no se puede traspasar la valla... Estamos buscando a dos niños perdidos y a la madre, regrese al hotel.

Ella lo miró durante unos instantes y entonces dirigió la vista hacia Guido, hacia la montaña.

–Señora, ¿me ha entendido?

Anna se volvió aturdida y con voz tenue murmuró:

–Yo soy la madre, déjeme pasar.

## 1

La tarde en la que se celebraba el ascenso de Guido en la clínica Sant'Orsola fue el mismo día en el que cargó con «la culpa». Anna no lograba recordar muchos detalles de aquella fiesta, y no porque se tratara de un acontecimiento lejano, hacía apenas dos meses, sino porque esa mañana había hecho el amor con Xavier. Deprisa, con la respiración entrecortada, como dos ladrones. Su mente seguía rebobinando la cinta, volvía a los gestos, revisaba cada movimiento. Tenía la sensación de que el engaño podía leerse en su rostro. Había sido la primera vez. Por eso permaneció en silencio durante casi todo el evento. El único que notó algo fue su padre, Attilio. «¿Va todo bien, Anna?», le preguntó tendiéndole una copa de champán, con la mirada indulgente enmarcada por las enormes cejas blancas y agrestes.

Un olor dulzón inundaba el aire, la fiesta se celebraba en el jardín de la parte trasera. La clínica era una casita de campo de los años cuarenta, decadente pero encantadora, plantada en la gravilla y rodeada de palmeras y adelfas. Para caldear el ambiente habían colocado unas estufas tipo hongo que hacían levitar los aromas de los dulces; también había mesitas redondas con orquídeas, velitas y vino blanco. Los presentes eran médicos, enfermeras, el personal de administración, pacientes. Y, naturalmente, el nuevo jefe de servicio: Guido, su marido. Llevaba un traje

azul de raya diplomática con una corbata de nudo grueso de color púrpura, y se movía entre las mesas como si fuera el día de su boda, haciendo los honores: con su mandíbula cuadrada y la nariz de emperador romano, los ojos grandes y vigilantes, su porte elegante. Anna lo observaba sin reparar ya en su buen ver.

A la pareja se le había oxidado la atracción, había masticado la curiosidad; ahora era solo su marido. Y, sin embargo, hubo un tiempo en que Guido la tenía hechizada, sobre todo cuando lo veía moverse en ese ambiente; le gustaba saber que estaba casada con una persona importante, un cirujano excelente, un profesional impecable, igual que su padre, venerado por un nutrido número de mujeres. No era tanto por el prestigio como por la sensación de haber «reencontrado» a Attilio en un hombre joven; porque el sentimiento edípico de Anna era sólido, un músculo involuntario que había orientado su vida.

Vio que Guido le lanzaba una mirada de complicidad mientras le tendía una copa a una morena provocativa, un gesto que no tenía nada que ver con la espontaneidad, más bien con una forma de tranquilizarla que Anna buscaba continuamente en esas circunstancias. Ella le devolvió una sonrisa, pero sin aquella acostumbrada gratitud que tiempo atrás habría sentido. No. En ese momento el gesto de su marido hacía que todavía estuviera más incómoda, y es que, para Anna, lo que había ocurrido por la mañana era como un apocalipsis. Le pareció percibir los latidos del corazón de Guido entre la gente, como un metrónomo acompasado, un sonido perfecto. Vislumbró su sonrisa poco auténtica, forzada, eficiente. Reconoció la ceja derecha levantada, su expresión más seductora. Sintió una extraña ternura, una emoción anómala. Como si fuera un guardián. ¿Cuándo había dejado de quererlo? ¿Y por qué? El deseo había sido sustituido por la costumbre, la escucha por lo ya dicho, la curiosidad por la indiferencia. Hay amores que mueren un poco cada día. Sin escapato-

ria. Anna no lo sabía; ni siquiera sabía por qué había acabado en la cama con otro.

Fue a sentarse, para apartar los ojos de su marido, al lado de Gigliola Capotondi, una mujer de unos ochenta años que trabajaba en la administración desde hacía más de treinta. Attilio la había operado varias veces, liposucción y *minilifting*. La consideraban una amiga de la familia.

—¿Qué tal están los niños? —le preguntó la mujer, envuelta en una chaqueta de zorro color miel.

—Bien, gracias —farfulló Anna. Y una cuchilla se le clavó en el estómago.

Pensar en sus hijos era lo que más le dolía de todo. Esa tarde, cuando había vuelto a casa para cambiarse de ropa, se metió enseguida debajo de la ducha. Era la primera vez que no corría hacia ellos; la primera vez que al llegar a casa se escabullía a su habitación. Pensaba que la ducha lavaría el pecado, borraría los olores a bosque mojado (olores obscenos), hasta hacerla resucitar en la realidad. Pero, en lugar de eso, se puso a pensar. No podía quitarse de la cabeza ciertos detalles. Su tobillo pronunciado, las axilas como flores carnosas, el abdomen tirante. Se miró desnuda en el espejo del baño, evaluando su cuerpo como si fuera Xavier quien la mirase. Metió barriga: tenía que adelgazar, y además deprisa; los dos embarazos habían dejado huella. Aun así, Xavier había hundido la cara en su vientre, metido la lengua en su ombligo, ceñido sus caderas blandas.

Mientras se vestía fue creciendo en ella una excitación palpable, ese coito apresurado empezaba a asumir proporciones formidables al recordarlo, como si los gestos se ralentizaran y se amplificaran. Se comprimió el sexo con la mano, como para aprisionar el deseo. Para retenerlo. Después entró en el cuarto de sus hijos. Natalia estaba sentada en la cuna parque; Gabriele construía una torre de cubos de madera; Cora, la asistente filipina, quitaba el polvo de un estante. Les dijo: «Hola». Solo un gesto, sin acercar-